



Esteban Echeverría

Romance a Delmira

Te me apareciste, como un ángel benigno enviado para llevarme desde los inocentes días de mi infancia, hasta la sublime cumbre de la existencia. Mis ojos, al abrirse, encontraron tu corazón, y mi primer sentimiento fue un inefable regocijo.
Schiller

De los primeros amores
¡Oh cuán dulce es el recuerdo!
¡Como su risueña imagen
vierte en el alma consuelo!
Mi corazón desdichado
flota en un mar de tormentos
Delmira; mas tu memoria
templa sus males acerbos.
Cuando la negra tristeza
tiende sobre mí su velo,
y de fantasmas sombrías
circunda mi pensamiento:
cuando el recuerdo terrible
de mil aciagos sucesos,
viene cual nube cargada
de tormenta, horror y truenos,
a atribularme en mis ansias
y hacer mi dolor más fiero;
tu imagen se me aparece,
como en páramo desierto

al caminante perdido
verdoso y florido otero;
y la fantasía entonces,
con las alas del deseo,
me transporta enajenada
a aquel delicioso tiempo,
en que por la vez primera
te vi, como ángel del cielo.
El bozo empezaba apenas
a adornar mi labio tierno;
eras tú rosa en su aurora,
éramos niños recuerdo,
y de rubor inocentes
palpitaron nuestros pechos
de simpática ternura,
de amante júbilo al vernos.
Turbáronse nuestros rostros
y se reveló el misterio:
nació el amor ignorado,
y el amor habló en silencio.
Tu imagen bella de entonces
quedó grabada en mi seno,
y una agitación extraña,
llena de dulce embeleso,
se amparó de mis sentidos
dejó los frívolos juegos
de la niñez y embebido
sólo en ti mi pensamiento,
do quier hallaba el encanto
de tu semblante halagüeño,
do quiera de tus miradas
aquel imán hechicero.
Día y noche me seguía
tu imagen en el paseo,
en el bosque, en la campaña
y aún en mi tranquilo lecho.
Mi juvenil existencia
era un deleitoso sueño,
de glorias desconocidas,
de esperanzas y deseos.
Días felices ¡cuán pronto
para mi mal fenecieron,
dejándome circundado
de desolación y tedio!
A amar juntos aprendimos,
amor por dulces senderos
nos llevó en sus alas de oro
y nos enseñó sus juegos.
¿Te acuerdas, Delmira, el día
que nos hablamos primero,

cuan alegre y fácilmente
nuestras almas se entendieron?
¿Recuerdas, Delmira mía,
aquellos dulces momentos
que pasábamos alegres
en inocentes recreos?
¿Te acuerdas de los regalos
con que tu cariño tierno
recompensaba del mío
el incesante desvelo?
¿De las citas misteriosas?
¿De aquel albergue secreto
donde tu boca y la mía
se unieron con dulce beso?
De nuestros rubores y ansias,
nuestro tímido recelo,
la precaución inocente
y el cariñoso misterio?
Sobre todos, de aquel día,
día feliz y supremo,
en que por hechizo oculto
nuestros suspiros se unieron,
sin saber como atraídos
se tocaron nuestros senos,
ligáronse nuestros brazos
con nudo de amor estrecho;
trémulo tu labio ardiente
aplicó al mío su fuego,
se abararon mis sentidos
de amor en el grato incendio,
y a mis ojos y a los tuyos
se anonadó el universo.
-Todo pasó, dulce amiga,
todo pasó en fugaz vuelo,
Sólo queda la memoria
de aquel venturoso tiempo.
La edad vino a amonestarnos
con su semblante severo;
separarnos fue preciso
y seguir caminos nuevos.
Adiós amores, de entonces,
juveniles devaneos
de dos almas inocentes
que para amarse nacieron.
Llorando y con dulce abrazo
dimos el adiós postrero
al aire, y nuestros suspiros,
nuestras ansias llevó el viento.
Tomó mi mano el destino
y de mis lares paternos

me arrebató, y en el mundo
me lanzó con furia luego.
He flotado en él sin guía,
cual frágil náufrago leño,
sin encontrar en camino
grato asilo o manso puerto:
mil tormentas he sufrido,
que en el voluble elemento
de las inquietas pasiones
me engolfé fogoso y ciego.
No he sucumbido a sus furias;
pero mi cuitado pecho
por siempre, amiga, ha perdido
la dulce paz y el sosiego,
y despojado, en su aurora,
de los prestigios risueños
de la vida, a la esperanza
y aun al amor yace muerto.
Sola tú, tú sola puedes
de mi alma en el caos horrendo,
hacer brillar un instante
lambos de fugaz consuelo.
Tu imagen bella, a mis ojos,
como la estrella de Venus
en desatada tormenta
se muestra al triste nauclero,
aparece en los conflictos
de mi triste pensamiento,
aplaca un tanto las iras
de mis pesares acerbos,
y exclamo entonces lloroso:
«Ángel de amor y consuelo
no apartes tu luz divina
de mi espantoso desierto:
mi corazón desdichado
flota en un mar de tormentos
Delmira, mas tu memoria
calma su dolor funesto».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

